

## LA HISTORIA FOTOGRÁFICA DE LA EDUCACIÓN EN JUCHITÁN, OAXACA: 1900-1950

---

IDUNAXHÍ MARTÍNEZ PINEDA

**RESUMEN:** El uso de la fotografía como fuente de información y conocimiento ha quedado ligeramente tocada por los trabajos históricos, pues pareciera que las realidades que ilustran necesitan forzosamente contrastarse con otros tipos de documentos o se deduce que la imagen fotográfica es básicamente un soporte que sirve sólo para ejemplificar. La poderosa fuerza de la imagen nos ayuda a captar ideas, actitudes, estereotipos, costumbres, gestos y detalles que permiten penetrar en ciertos aspectos de cada cultura que a otro tipo de documentos les es imposible ilustrar. Gracias a que en diferentes sociedades y épocas, desde que se inventó la fotografía, se han hecho fotos de prácticamente todos los aspectos de la vida, hoy es factible realizar numerosas investigaciones apoyándose en este tipo de documento. En la presente me ocuparé de realizar un análisis del uso de la

fotografía en las escuelas de Juchitán, Oaxaca entre 1900 y 1950, que arroja algunas luces sobre la conformación de una cultura escolar. Juchitán, está ubicada en el suroeste del estado de Oaxaca, en el Istmo de Tehuantepec. Comunidad de origen zapoteco en donde al día de hoy persisten la lengua materna, algunas costumbres y tradiciones típicas de la región y una sociedad con una fuerte identidad cultural. Lo atractivo del Istmo mexicano reside en su territorio cargado de símbolos e imágenes, creadas a partir de circunstancias geográficas, políticas, culturales, económicas y sociales, tejidas crearon la condición que le dio al Istmo de Tehuantepec atractivo y originalidad.

**PALABRAS CLAVE:** Historiografía, Fotografía, Juchitán, Educación.

La condición de investigar que representa la historia nos traslada a una enorme variedad de saberes. Solemos buscar en espacios y tiempos pasados que nos iluminen el presente, escudriñando en conocimientos remotos velados en documentos a veces menos diversos que los mismos testimonios que ofrecen. Usualmente afrontamos la investigación histórica en fuentes que la tradición nos ha legado y que adoptamos con mayor o menor facilidad, tales como los indicios existentes en archivos privados y públicos, así como en la producción bibliográfica o hemerográfica sobre el tema. Fuentes como la tradición oral, el ajuar ergológico o el acervo icónico han desmerecido el crédito de su veracidad de la mayoría de las investigaciones. Pues como apunta Boris Kossoy,

vivimos en una cultura que nos ha atado a la tradición escrita como forma de transmisión de saberes por excelencia.

De tal suerte, el uso de la fotografía como fuente de información y conocimiento ha quedado ligeramente tocada por los trabajos históricos, pues pareciera que las realidades que ilustran necesitan forzosamente contrastarse con otros tipos de documentos o se deduce que la imagen fotográfica es básicamente un soporte que sirve sólo para ejemplificar.

Evidentemente la imagen fotográfica necesita de ciertos atributos para ser considerada objeto de investigación y poder atribuirle significados que se desprendan de la realidad en que fue creada y de su interacción con el contexto (Ramírez, 2010). Las fotografías, tal y como sucede con los documentos orales y textuales, tiene que ser sujeta a un proceso de verificación, contextualización, interpretación y triangulación con otras fuentes documentales.

La poderosa fuerza de la imagen nos ayuda a captar ideas, actitudes, estereotipos, costumbres, gestos y detalles que permiten penetrar en ciertos aspectos de cada cultura que a otro tipo de documentos les es imposible ilustrar. Gracias a que en diferentes sociedades y épocas, desde que se inventó la fotografía, se han hecho fotos de prácticamente todos los aspectos de la vida, hoy es factible realizar numerosas investigaciones apoyándose en este tipo de documento.

Kossov (2001) manifiesta que “toda fotografía es un residuo del pasado. Un artefacto que contiene en sí un fragmento determinado de la realidad registrado fotográficamente. (...) Una fuente histórica, en verdad, tanto para el historiador de fotografía como para los demás historiadores, científicos sociales y otros estudiosos.” La fotografía recoge las riquezas del lugar y tiempo que la produjo.

En la presente investigación me ocuparé de realizar un análisis del uso de la fotografía en las escuelas de Juchitán, Oaxaca entre 1900 y 1950, que pienso arroja algunas luces sobre la conformación de su cultura escolar.

Juchitán, está ubicada en el suroeste del estado de Oaxaca, en el Istmo de Tehuantepec. Comunidad de origen zapoteco en donde al día de hoy persisten la lengua materna, algunas costumbres y tradiciones típicas de la región y una sociedad con una fuerte identidad cultural. Lo atractivo del Istmo mexicano reside en su territorio cargado de

símbolos e imágenes, creadas a partir de circunstancias geográficas, políticas, culturales, económicas y sociales, tejidas crearon la condición que le dio al Istmo de Tehuantepec atractivo y originalidad.

En las últimas décadas del siglo XIX “la infancia dejó de verse como una mera transición hacia la edad adulta y pasó a considerarse como un momento de la vida con entidad y funciones propias, aquél en que debían crearse las aptitudes que, más adelante, serían vitales al adulto” (Perdiguero, 2004). Esta es la razón por la que, en México, en las primeras décadas del siglo XX se desarrollaran numerosas instituciones, formas de socialización y patrones culturales que tuvieron a los niños como su centro de atención. Las políticas de bienestar planteaban que la modernización del país dependía directamente del mejoramiento de las condiciones de vida de los seres más vulnerables y desprotegidos de la sociedad como los trabajadores, mujeres y niños. Como señala Del Castillo Troncoso (2006): “El nuevo concepto de la niñez se encuentra estrechamente vinculado a los inicios del sistema educativo moderno. Aquellos lugares donde la difusión de la educación primaria fue mayor, desarrollaron más profundamente el concepto (...) como parte de este proceso, a los infantes se les separó de los adultos y en ese camino de diferenciación se les construyó una identidad de la que antes históricamente carecían”. Esta nueva manera de concebir la infancia, vino aparejada con la popularización y comercialización de la fotografía en Juchitán. En las fotos de los niños de Juchitán se hace evidente la inserción del nuevo concepto, al encontrarse numerosas imágenes fotográficas en las que los niños encabezan y gobiernan gran parte de las actividades cotidianas, pues evidentemente, las nuevas teorías y modelos que venían del exterior, encontraron cabida en la sociedad juchiteca. Más aún, Susan Sontag, cuenta como “mediante las fotografías cada familia construye una crónica-retrato de sí misma, un estuche de imágenes portátiles que rinde testimonio de la firmeza de sus lazos”. También las familias juchitecas desarrollaron un gusto peculiar de ser fotografiados en casi todos los aspectos de su vida familiar: el nacimiento, los cumpleaños, las fiestas, las bodas, la vida cotidiana, la muerte y la vida escolar.

Antes de la fotografía, sólo las clases privilegiadas, al poder financiar el retrato pictórico, eran clientes del arte del retrato. A mediados del siglo XIX, la fotografía “se convierte en herramienta de una idea de civilización toda vez que, vehículo de imágenes, sirve para trasplantar subrepticamente modos de ser, de vestir, de peinarse, de posar.” (Debroise, 2005). Gisèle Freund (2006) señala que el retrato fotográfico es uno de los resultados de

la evolución social, debido a que nuevas capas sociales ascendieron política, económica y socialmente, lo que generó "...la necesidad de producirlo todo en grandes cantidades, y particularmente el retrato. Pues «mandarse hacer el retrato» era uno de esos actos simbólicos mediante los cuales los individuos de la clase social ascendiente manifestaban su ascenso, tanto de cara a sí mismos como ante los demás, y se situaban entre aquellos que gozaban de la consideración social. Esa producción transformaba al mismo tiempo la producción artesanal del retrato en una forma cada vez más mecanizada de la reproducción de los rasgos humanos".

A principios del siglo XX hacer retratos fotográficos seguía en auge en las grandes capitales, aunque no así en Juchitán, donde son prácticamente inexistentes imágenes fotográficas de antes de 1910. Cuando la fotografía se consolida en la región, en la década de los cuarenta del siglo XX, los juchitecos la adoptan para el uso y disfrute personal de cada familia: por curiosidad, por imitación, por nostalgia o por gusto. Sea cual fuere el motivo, en la comunidad abundan desde entonces fotografías de casi cualquier tipo: las que retratan fiestas, tradiciones, costumbres y la vida cotidiana en Juchitán.

En ese vasto repertorio de imágenes de fiestas, bodas, velas, clausuras escolares, visita de altos funcionarios, cortejos fúnebres y familias en el estudio del fotógrafo, los niños constituyen, significativamente, parte de cada acontecimiento. De tal suerte que encontramos a los niños siempre como parte activa de la sociedad juchiteca e, imprescindiblemente, como protagonistas de su propia realidad y existencia.

La educación que se imparte en las escuelas ha sido la que más se ha analizado y la que más críticas, investigaciones y análisis ha realizado el campo de la investigación, aunque en ella encuentre cabida principalmente la alfabetización. Respecto a la educación escolar de los zapotecas del Istmo, Gonzalo Jiménez López (2005) dice que "a medida que fue creciendo la población a principios del siglo XVIII, como es lógico, en esa época se carecían de escuelas primarias rurales, siendo suplidas éstas por personas que enseñaban en sus domicilios los conocimientos más indispensables. La falta de oportunidades para aprender las primeras letras en la mayoría de los casos, se debió a la situación precaria de los habitantes que por lo general tenían que trabajar en el campo al lado de sus padres para poder ayudar al sostenimiento económico de la familia".

En 1890, según datos de Javier Meneses de Gyves (1991), historiador oriundo de la localidad, se inaugura la primera primaria, la Escuela Oficial número 1, en la ciudad de Juchitán cuando ésta, apenas un año atrás, obtiene el rango de ciudad.

En 1899, en El Zapoteca, un periódico independiente de la localidad aparece una nota refiriéndose a la educación de ese tiempo:

Nosotros tenemos necesidades urgentes, nos falta casi la higiene pública; nuestra policía es deficiente, el alumbrado público escasísimo, la instrucción pública reducida a dos escuelas elementales para una población de 1,200 habitantes; problemas estos especialmente económicos y al lado de estos, otras necesidades sociales tales como la suerte generalmente dura e injusta de la mujer, la moralización de nuestra juventud más necesaria hoy que nunca si se quiere que no sucumba en la lucha...

En 1904 se funda la Escuela Oficial número 2; en 1909 la Escuela Municipal número 3; alrededor del año de 1927 funciona la Escuela Josefa Ortiz de Domínguez; entre los años 1928 y 1929 se crea la Escuela Primaria para Niñas; el 5 de mayo de 1935 el presidente Lázaro Cárdenas corta el listón de la Escuela de Artes y Oficios; en 1938 abrió sus puertas en el pueblo el primer jardín de niños, el 11 de septiembre de 1938, se inaugura la primaria Centro Escolar Juchitán, con una capacidad para albergar a 1,500 alumnos.

Veinte años después de la Revolución, a la reconstrucción educativa se le concidero parte esencial de la reconstrucción económica y social. La educación escolar para los juchitecos, debido a que fue un reclamo del pueblo levantado en armas, cobró suma importancia a pesar de las carencias que pudiesen tener maestros o el sistema educativo mismo, como lo apunta la nota de la directiva en el periódico *Neza* en 1935:

Desde su origen, la Escuela para Niñas ha permanecido deficiente en nuestro pueblo. Todos los Gobernadores y Directores de Educación Pública del Estado han pasado inadvertido este aspecto de la Instrucción, que en nuestro concepto es de mayor trascendencia para nuestras gentes, que la que ellos le suponen, dado el carácter un tanto matriarcal que aun conservan la familia juchiteca.

Hoy, como siempre, la enseñanza para las niñas están en embrión. La ciencia no brilla aún en ninguno de los viejos salones donde nuestras paisanitas acuden todos los días en busca de conocimientos.

Antiguamente, suplió a la enseñanza el hermoso bordado de seda que todavía nuestras mujeres hacen florecer sobre sus trajes. Hoy no existe en la escuela para niñas ni la Ciencia ni el Arte.

Recordemos que “en el medio rural, habitado por 75 por ciento de la población, la acción del gobierno federal se mostró más vigorosa. El esfuerzo fue de tal magnitud que a finales de los años treinta la SEP no sólo había desplazado a los estados en su obra educadora en el campo, también controlaba los sistemas escolares en varias entidades” (Loyo, 2006). En lo que se refiere al Istmo, otra vez Meneses de Gyves (1991), opina que “Juchitán ha sido un pueblo afortunado en lo que toca a educación. A medida que la población ha venido creciendo, a partir de los años veintes, aumenta el número de aulas. La enseñanza primaria ha sido de buena calidad, a pesar de que muchos maestros no alcanzaron el título de profesor; lo cierto es que todos, o casi todos han desempeñado su papel con dignidad”.

La fotografía de niños en la escuela sirvió para dejar constancia de los adelantos que se vivían en materia educativa y como vestigio de lo que se fue alguna vez la vida escolar y de los compañeros que se tuvieron en ella. Dentro de las prácticas fotográficas de Juchitán existe aquella que consiste en tomar fotos de los alumnos de las escuela con sus profesores. Una de las imágenes más remotas que se conocen es la foto 01 (ca. 1890), donde un grupo de unos sesenta niños posa al lado de su profesor. Los niños visten casi todos de camisa y pantalón largo, en colores claros, y todos están descalzos. Muy diferente aparece el joven profesor con su traje oscuro, corbata y un libro bajo el brazo. Alumnos y maestros son retratados como una gran familia.



☞ FOTO 01 ☞

De las imágenes recolectadas en la misma ciudad de Juchitán para esta investigación sobresalen las que fueron tomadas en el nivel preescolar. Al parecer los padres se sentían conmovidos y entusiasmados por ver a sus pequeños participar en las actividades escolares que realizaba el kinder dentro de sus festividades. Por ejemplo, se destaca la foto fechada el 10 de mayo de 1942, donde un grupo conformado por nueve chiquillas interpreta algún baile en honor a sus madres (foto 02).



☞ FOTO 02 ☞



☞ FOTO 03 ☞

También llama la atención la imagen de una de las primeras generaciones en graduarse de preescolar, donde varias parejas bailan su vals de clausura, los niños visten a la manera militar y las niñas llevan vestidos largos (foto 03), o la escolta formada por niños vestidos de cadetes, que posan serios con la bandera de México (foto 04).



☞ FOTO 04 ☜

Es sorprendente la seriedad y el decoro que le imprimieron a esta festividad tanto los maestros organizadores, los padres que compraron o confeccionaron el atuendo de sus hijos y los alumnos que se presentaron sin vergüenza ante los ojos del público. Así mismo es de destacar qué tan poco han cambiado los ritos en las escuelas al paso de las generaciones y las nuevas pedagogías.

La educación en las escuelas preescolares, permitió obtener impresiones tempranas de las actividades que se realizaban al interior de sus muros. Por el contrario en las escuelas primarias las fotografías de alumnos y maestros casi se limitan a la ahora tradicional foto de generación. Por ejemplo, en la foto 05, tomada el 6 de septiembre de 1946, el maestro posa acompañado de sus alumnos, rígidamente formados, casi podría ser una estampa de cualquier parte de México.



☞ FOTO 05 ☜



Otra modalidad de la enseñanza y alfabetización que existía en Juchitán a principios del siglo XX y de la creación de las primeras escuelas son las personas que sin ser precisamente maestros de oficio, lo eran por convicción, pues “durante esta época era muy común que familias mandaran a sus hijos a casas particulares, en donde la hija o las hijas que sabían leer y escribir se dedicaban a enseñar a los niños a «aprender la cartilla», o sea iban a aprender a leer y escribir, empezaban deletreando el silabario de San Miguel y posteriormente empezaban a escribir las primeras sílabas. Este aprendizaje era conocido como *sesión daa'ta'*. Por lo general los niños llevaban sus sillitas y las dejaban en dichas casas por el tiempo que duraba el curso. En la mayor parte de las ocasiones se enseñaba bajo los grandes árboles del patio de la casa” (Jiménez, 2005).

A pesar de los esfuerzos de ofrecer una educación escolar de calidad a lo largo de diferentes momentos de la historia, pues durante la primera década del siglo XX “se hizo manifiesto la intención de modernizar los métodos de enseñanza: se prohibieron los castigos corporales o infamantes; se renovaron los programas de estudios; se construyeron nuevas escuelas; se prepararon maestros” (Alcuberre y Carreño, 1996), entre otros adelantos. Aunque siguieron vigentes viejas prácticas, como la comentada por algunos alumnos de aquella época de la costumbre de inflingir castigos corporales. Son nulas las imágenes fotográfica que ilustren ese aspecto en Juchitán.

Un elemento ajeno al de la fotografía que nos permite crearnos una leve concepción de la ideología que seguían los padres en la crianza de sus hijos, y que evidentemente tenía resonancia dentro de las aulas, la encontramos en la literatura que se producía en la región en esa época. Gabriel López Chiñas (1967), en el libro *Estampas, dichos y consejos para niños zapotecas*, enlista una serie de pensamientos que pretendían enseñar al niño reglas de carácter moral, social, educativo o de higiene, allá por los años cuarenta, cincuenta y sesenta. En ellos se expone claramente cuál era el pensamiento colectivo que giraba en torno a la educación infantil. Sorprende, más que nada, que la mayoría de estas consejos apuntan a que a los niños en el hogar se les educaba con mano dura y con castigos físicos. Por ejemplo, los siguientes:

*Pa guxóñe bádu chi tiñu, qui chi guiládhua laa, gulaza Ibaguéta*, “Si huye el niño que vas a castigar, no lo persigas, espera a que vuelva”; pues como apunta López Chiñas, “causa mal aspecto la madre o persona encargada de castigar a un niño cuando se le mira perseguir a éste para hacerlo volver a casa”.

*Cadi guibidxiaalú pacá zaguiñe lli jma*, “No grites, porque te pegaré más”.

*Cadi quiñu bádu pa cadxíchu*, “No pegues, no castigues a un niño si estás enojado”.

*Gucuaa guidi gudiñe né bádu, cadi cuágu lú ique*, “Toma una cuarta para pegar al niño, no le des coscorrónes”, ya que “el daño que produce una correa, una cuarta, en el cuerpo, no representa peligro alguno para la salud; en cambio, el golpe que el niño recibe en el cráneo por el coscorrón puede ocasionarle alguna lesión grave”.

*Cadi cueelú badú pacá neeca ca lli zaguiñé*, “No te entrometas, queriendo defender al niño, porque también a ti te pegaré”.

*Gulu guidi yanni ñee bádu, cadi ratiisi, qui chi guni naalú laa*, “Pégale al niño en las pantorrillas, no en cualquier lugar, no le vayas a lastimar”.

*Cadi guxóñelu pacá zaguiñe lli xhtale*, “No corras porque te pegaré más”.

Evidentemente la educación de los padres no se limitaba a los golpes y regaños, pero estos consejos zapotecos nos permiten contrastar que, aparte de los regalos, premios, mimos y cariños, a los niños no les permitían ciertas libertades o travesuras y, por lo tanto, merecían ser reprendidos si excedían las normas y límites que regía la educación familiar.

## Bibliografía

Alcubierre, Beatriz y Carreño King, Tania, *Los niños villistas, una mirada a la historia de la infancia en México, 1900-1920*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1996, p.41.

Calderón, Lisandro, Nota de la dirección en *El Zapoteca*, periódico independiente de Juchitán, Año 1, Núm. 2, México, 1899, p. 2.

Castillo (del) Troncoso, Alberto, *Concepto, imágenes y representaciones de la niñez en la Ciudad de México, 1880-1920*, El Colegio de México/Instituto Mora, 2004, pp. 19-20.

Debroise, Oliver, *Fuga mexicana. Un recorrido por la fotografía en México*, Gustavo Gilli, Barcelona, 2005, p. 36.

Freund, Gisèle, *La fotografía como documento social*, Gustavo Gilli, Barcelona, 2006, p. 13.

Jiménez López, Gonzalo, *Juchitán, testimonios de un pasado mágico*, CONACULTA/Instituto Oaxaqueño de las Culturas, México, 2005, p. 45, pp. 51-52

Kossoy, Boris , *Fotografía e historia*, Buenos Aires, Biblioteca de la mirada, 2001, p. 38.

López Chiñas, Gabriel, *El concepto de la muerte entre los zapotecas*, Ediciones Vinnigulasa, México, 1969, pp. 20-22.

Loyo, Engracia “El maestro, artífice de un sistema de educación popular”, en *Educadores de México, op. cit.*, pp. 159-160.

Meneses de Gyves, *Ayer en Juchitán*, IPN, México, 1991, p. 32.

Perdiguero, Enrique et al, *Salvad al niño*, Universitat de Valencia, España, p. 15.

Ramírez, Bacca Renzo, *Introducción teórica y práctica a la investigación histórica*, Editorial Barcanova, Barcelona, 2008, p. 425.

Sontag, Susan, *Sobre la fotografía*, Alfaguara, México, 2006, p. 23.